



VINDICTA

Ángel Jiménez Redondo

VINDICTA



Primera edición: junio 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Ángel Jiménez Redondo

ISBN: 978-84-10253-84-1

ISBN digital: 978-84-10253-85-8

Depósito legal: M-13663-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A mis padres, a quienes tanto debo y tanto echo de menos.

Un jueves cualquiera...

—¿Le ha gustado, lo ha pasado bien?

—Lo he pasado fenomenal, realmente eres muy buena en la cama.

—Usted tampoco lo hace nada mal, me ha dejado totalmente satisfecha. ¿Le volveré a ver?

—Por supuesto.

Pocos días después...

—¡Bueno, aquí lo tenemos!

—¡Buenos días, Lauren!

—Buenos días amigos, disculpad, pero he tenido una llamada de uno de mis clientes más importantes, si no el más, y eso me ha hecho retrasarme un poco. De hecho, tengo una cita con otro en media hora y he venido únicamente por celebrar, aunque sea mínimamente el cumpleaños de Manel, o sea que brindaré con vosotros y me marcharé de inmediato.

—No te preocupes, tampoco hemos esperado tanto —dice Manel— y, personalmente, te agradezco que hayas venido.

—Pidamos una botella de cava y brindemos, así te puedes marchar, y ya quedaremos otro día para celebrarlo como Dios manda.

—Me parece una gran idea, perfecto.

Mientras brindan, y dedican los cuatro amigos todo tipo de buenos deseos al homenajeado.

—¡Joder!, mirad, mirad esa tía que pasa por ahí, está buenísima, me vienen todo tipo de ideas para hacer con ella, comenta Albert.

Lauren, se vuelve y mira de soslayo, y cuando ve que es una de sus empleadas, gira inmediatamente la cabeza.

—Oye no os paséis que es una empleada mía, y solo faltaría que nos viera y se diera cuenta de que uno de los que está aquí babeando es su jefe. Además, es demasiado joven para nosotros. Esa chica

tiene novio y está ya completamente fuera de nuestros objetivos.

—Será de los nuestros, porque a ti, no se te resiste nadie. No nos vas a decir que nunca has fantaseado con ella.

—Dejaos de bromas, que el trabajo es el trabajo. Venga, brindemos que, como os dije, me tengo que ir.

Nada más brindar, Lauren se levanta de la silla, da un abrazo a Manel, felicitándole nuevamente y se despide con un «hasta el jueves» del resto de sus amigos, quienes se le quedan mirando hasta que, pasados unos minutos, desaparece en el camino de retorno a su despacho.

En el presente...

Eran las ocho de la mañana. El día estaba abriéndose paso mientras el metro y los autobuses regurgitaban un mundo de personas que, poco a poco, iban completando la imagen de la jornada laboral, y Lauren, jefe del departamento de compras de uno de los mayores distribuidores del país, subía los escalones de la amplia entrada de ese enorme edificio que esconde el sol y hace sombra en las, aún poco concurridas, aceras de la Gran Avenida.

Ni una mirada atrás. Con ese paso militar, levemente encorvado e inclinado hacia delante y con aire decidido, camina ligero hasta llegar al ascensor que le llevará a su despacho. No se entretiene en dar los buenos días al recepcionista, ni tan siquiera cuando, al abrirse las puertas del elevador, acceden al mismo otros vecinos del edificio y algunos empleados de su propio equipo. Su sola presencia hace que el silencio se imponga al madrugador murmullo.

Apenas 12 segundos de viaje, de ojos esquivos y suspiros contenidos, pero 12 segundos que, para cada una de las personas que se encuentran en ese espacio tan pequeño y que parece que estén aguantando la respiración, son casi una eternidad.

Por un momento da la impresión de que hasta se puedan oír los pensamientos de cada uno, una furtiva mirada al panel que indica que ya se ha llegado a la planta ...y... ¡por fin! ¡Se abre la puerta!

Uno, dos, y así hasta siete pasos...empuja esa gran puerta de cristal ahumado y cruza el amplio recibidor donde se sitúan dos

mesas, las de sus secretarias. La de toda la vida, Rosa, que está justo a la derecha y tocando al acceso directo a su despacho, que la tiene adornada, además de con su dietario y su agenda, con ese metacrilato con las fotos de sus tres hijos, con ese regalo con forma de ángel de la guarda, de barro, que, para el día de la madre, le hizo hace años en la escuela su hijo menor, y con ese delgado jarrón de cristal de bohemia que una amiga le trajo desde Praga en un viaje de bajo coste de fin de semana, y de cuello tan estrecho que solo coge una flor, que cambia semanalmente, y que, sea cual sea su tipo, siempre ha de ser blanca, su color favorito, porque según ella, es el color de la pureza, de la paz, de la inocencia y la esperanza.

Y en la otra mesa, a la izquierda su nueva secretaria, Lisa, en fase de aprendizaje, aun formándose, la destinada a sustituir a la anterior. Joven, apenas 26 años, «un despiste, porque ni la buscamos ni creí que aún mi cuerpo me permitiría quedar embarazada», según cuenta la madre a todo aquel que la quiera escuchar, la hija menor de unos amigos de la familia de Lauren, venida de un pequeño pueblo del interior, y que fue acogida como una hija por este y los suyos. De hecho, era tratada «casi» como tal hija.

Cuando llega Lauren, Rosa ya le ha dejado en su mesa la prensa del día, los emails y el resumen de noticias que, diariamente, le hacen llegar a través del correo interno; también le ha dejado una gran taza de café, muy caliente, que así es como le gusta tomarlo a su jefe, y un par de servilletas.

Rosa, es una mujer de unos 50 años, o al menos eso dice siempre ella, bien preparada, culta, de gustos refinados y algo altiva, sumamente atractiva y que, aunque las canas se asoman por entre sus cabellos, sobre todo cuando pasa alguna semana de más entre cada una de sus citas a la peluquería, deja adivinar la que en su día debió ser una extraordinariamente bella mujer. Hoy pelirroja, porque, según su teoría es el color ideal para teñirse a su edad ya que, por un lado, le sirve para disimular esas no pocas líneas blanquecinas que asoman por su cabello, y por otro hace que siga manteniendo ese aire juvenil que da ese color tan vivo y agresivo. Piensa ella que,

para teñirse de rubio que es el que definitivamente cubrirá totalmente sus canas, ya tendrá tiempo, que ese color, efectivamente es más eficaz, pero por el contrario la hace mayor.

Durante su juventud tuvo muchos pretendientes, y aunque lo oculta, seguramente aún sigue teniendo algunos, tantos como corazones que debió romper y probablemente aún sigue rompiendo. Hasta no hace mucho tuvo como pareja a un popular presentador de televisión, con quien no paraba de viajar, que si a la Feria de Abril de Sevilla, que si al Rocío, a cualquier lugar donde reinara la alegría. Le encantan las fiestas populares de baile y buen vino, pero, al parecer, diferencias de caracteres y de metas en la vida hicieron que esa relación acabara. No obstante, dice que siguen siendo muy buenos amigos.

Divorciada, con tres hijos que viven con ella, Mary, de 25 años, la chica, Jan, de 23 años, el chico que le sigue, y Pau, de 12 años, el menor, al que tuvo con una edad, digamos que avanzada. Tiene muchas aficiones, siendo la principal de ellas montar casas de muñecas, alguna de las cuales incluso ha presentado en algún concurso, y hasta ha ganado; no se cansa de repetir que ella no necesita a los hombres para nada, que los hombres van a lo que van y que con su ex marido, su expareja y con alguna otra relación que tuvo, de bastante mal recuerdo, ya ha tenido más que suficiente; aunque, es bien cierto que, es fácil verla gastando sus horas leyendo novelas o acudiendo sola o con alguna amiga al cine a ver películas, siempre románticas, y que, cuando pasea por las calles y de reojo ve alguna parejita en actitud cariñosa, no puede evitar soñar y permitirse aflorar un asomo de nostalgia en el brillo de sus ojos. Es una amante del Ryan Gosling de *El diario de Noa* y del Brad Pitt de *Leyendas de pasión*, y cómo no, le hubiera encantado tomar un cóctel en el café del Rick de *Casablanca*.

Cada mañana, antes de acudir al despacho, y después de arreglar su habitación, prepara el desayuno para su hijo Pau, el de 12 años; deja una nota con las cosas que necesita de última hora, para que vayan al supermercado Mary o Jan, y, aunque vive algo distanciada

de su centro de trabajo, procura ir andando, pues dice que lo hace porque no tiene tiempo de ir al gimnasio, y le es necesario, porque que de esta manera va manteniendo la forma, consigue mantener el tono muscular y se siente más guapa, y porque, simplemente le gusta sentirse bien consigo misma.

Siempre llega un cuarto de hora antes que su jefe, lo que le da tiempo a prepararle la mesa; también aprovecha esos 15 minutos para sacar su neceser y discretamente retocar el maquillaje de su cara; un pequeño toque para disimular sus ojeras, unos polvos bien difuminados que bajan desde su mejilla y suavemente se van perdiendo hasta llegar a su cuello, un tenue carmín y una pequeña línea que limita y remarca el camino de sus labios; y, finalmente un par de pulverizaciones de ese delicioso perfume que descubrió un día, gracias a una vecina que iba con ella en el ascensor, y que la hace sentir bien, ya que no son pocas las personas que le han preguntado por él, y, obviamente esto le dice que, en ella, esa fragancia despide un olor fenomenal.

Lisa, por su lado es bien distinta. Es una fresca y hermosa joven mujer, con una preparación cultural y académica limitada; apenas acabó el bachiller e hizo un curso de administrativa, de estos que te dan en esas escuelas especializadas en preparar oposiciones, donde puedes aprender de todo sin llegar a ser maestro de nada; soltera, morena, espléndida, hermosa, bellísima, una mujer a lo Sofía Loren. Una cara perfecta, un largo cabello negro, unos ojos marrones y unos labios bien perfilados con ese cuerpo ideal que hace soñar a cualquier hombre con sentir, aunque sea tímidamente, su roce. Casi angelical, llegada hace poco de su pueblo, tiene claros sus objetivos, ayudar a su familia, abrirse futuro en el mundo y ahorrar lo suficiente para casarse y formar su propia familia.

Aún sin contaminar, es la alegría personificada. Con una permanente sonrisa en su cara, sueña con el momento de vestirse de blanco, y unir definitivamente su vida a la de su novio de toda la vida, Marcos, al que conoce desde que iban juntos al colegio, y con el que lleva nada menos que diez años.

Está en la empresa desde hace apenas seis meses, y, sin imaginar el inesperado giro que daría su vida, vino porque sabe que con lo que gana en su pueblo y las pocas posibilidades de mejora que hay en él, no podrán ahorrar lo suficiente para llevar a cabo sus sueños.

La trajo su hermano Darío, quien ya hace años que trabaja en la empresa, aunque este, muy poco instruido, lo hace en el almacén. Es un hombre fornido, impulsivo, a veces incluso puede llegar a parecer brusco, pero, al mismo tiempo, es una persona de muy buen corazón e inocente, que tanto la protege, que a menudo hasta da la impresión de que está cuidando a una niña de pocos años.

El único y permanente objetivo de Darío es la felicidad de su hermana. Él no tiene ningún interés en crecer a nivel laboral, porque además sabe que tampoco tiene capacidad ni preparación suficiente para ello.

Su vida es su almacén y sobre todo su hermana. Juntos viven en un pequeño apartamento que les ha alquilado generosamente Lauren. Está situado en el barrio de Poble-sec, en el corazón de Barcelona. Ella está muy satisfecha, tanto con el piso, como con el barrio. Con el piso porque es coqueto y pequeño, con lo cual no hay demasiado que limpiar, no es excesivamente caro, es cómodo, y además da a una amplia plaza, lo que le permite a ella, a quien le encanta salir al balcón, tomar el sol, y le parece fantástico porque puede hacerlo sin temor a que nadie la observe desde el edificio cercano, incluso tiene espacio suficiente para tener algunas macetas con flores y otras con plantas nacidas de las semillas que le regalan los amigos que se las traen de sus viajes por el extranjero o de otras que simplemente cuando comió el fruto en el que estaban y le pareció que era de un sabor especial, intenta probar a ver si le sale su arbolito.

Dice que el barrio le gusta, porque ahí todo el mundo es de clase media, no hay ni muy ricos, ni muy pobres, aunque, desgraciadamente, nota que cada vez hay más personas sin hogar durmiendo sobre cartones y bajo la mágica manta de las estrellas, que poco puede hacer ante el frío de las noches de invierno, y, que a menu-

do sufren también, el miedo a que algún grupo de pandilleros les roben lo poco que tienen o les den una paliza por el único delito de ser pobres.

A pesar de todo, el ambiente es agradable y encuentra a mano todo tipo de tiendas y diversiones para su quehacer diario, que además están abiertas a cualquier hora.

Ahora el barrio está de moda, se está llenando de restaurantes y de todo tipo de establecimientos, lo que le da una vida tremenda y hace que apetezca pasear por él, tiene varias calles peatonales, llenas de locales y terrazas, con un incesante bullicio y de un variado batiburrillo de personajes, los magrebíes, propietarios de la mayoría de las carnicerías, que venden su carne halal; los pakistaníes, que tienen prácticamente todos los colmados de 24 horas; la infinidad de terrazas de los bares de tapeo y aquellos oscuros personajes que se apostan en las esquinas y que parecen estar permanentemente atentos al brillo de sus zapatos, pero que aguardan al potencial comprador, al que disimuladamente cuando pasa la lado de ellos y en un casi inaudible tono les dice «mierda», esperando que le pidan alguna pastillita con la que se cumplan sus deseos de tener una mejor expectativa en su día y una fiesta de tarde a madrugada.

También le gusta el hecho de tener el metro muy cerca de su casa, una gran ventaja, sobre todo por los días en que tiene prisa, ya que le es muy fácil cogerlo y en apenas 15 minutos está en la puerta de su oficina; pues para más inri, no ha de hacer ni transbordo. Son apenas seis paradas y nueve minutos de recorrido.

Lisa tiene otros dos hermanos Héctor y Sebastián. El primero, el mayor, y además el intelectual de la familia, acabó sus estudios de económicas y derecho con muy buena nota, trabajó durante varias temporadas en algunas empresas punteras españolas, fundamentalmente del sector financiero y desde hace unos años, empujado por la gran crisis se decidió a abandonar el país y, casi sin darse cuenta, lleva ya casi 20 años fuera.

Comenzó como asesor independiente en uno de los mejores bufetes de Nueva York y ahora es uno de los socios. Está especia-

lizado en temas relacionados con los problemas de la emigración procedente de los países hispanoamericanos, por lo que tiene mucho trabajo y se gana muy bien la vida.

A veces mira atrás y piensa: ¡qué lejos queda aquella aldea de Marruecos en la que nació, Tauima, pequeña y de casas bajas y enjalbegadas —por aquel entonces española— a escasos cinco kilómetros de Nador—, donde su padre estaba destinado después de haberse enrolado en La Legión, huyendo del hambre y la miseria de la guerra civil española, hecho por el que siempre que le preguntan que de dónde es, da toda una explicación: «Mira, yo nací en Marruecos, pero soy español, además de por mi DNI por mi nacimiento, porque cuando yo nací en esa parte de Marruecos, aquello pertenecía a España», le gusta puntualizar.

Después de una infancia de casi diez años en Melilla, y de hacer sus estudios en el Instituto de la ciudad, toda la familia decidió trasladarse a Barcelona, por aquel entonces lugar de provisión para todo aquel que quisiera mejorar su vida, no se metiera en follones y tuviera ganas de trabajar. Ahí siguió con sus estudios, los acabó, comenzó a trabajar a los 13 años —en aquellos años se podía y se necesitaba hacer— de botones en un hotel en el meollo de la ciudad, en las Ramblas, y después de hacer de repartidor de regalos, de hacer buzoneo, de trabajar de administrativo en una agencia de informes, y de varias chapuzas más, entró en el mundo financiero, donde fue progresando hasta que, dando un giro total a su vida decidió marchar a los Estados Unidos, concretamente a Nueva York.

Divorciado desde hace más de 15 años, estuvo casado con la mujer de la que él decía que era la mujer de su vida. De hecho, no se cansaba de repetir cuando alguien le preguntaba sobre cómo la conoció, que él tenía la suerte de vivir junto a la persona que quería y le gustaba, que lo suyo no había sido la típica historia de conocer a otra persona y con el roce y el tiempo comenzar a atraerse mutuamente, y lo explicaba diciendo que cuando era jovencito y ya trabajaba como administrativo en aquel banco de la esquina de la plaza Palacio «su primer buen curro», mientras él invertía su tiem-

po en esa oficina bancaria de ocho empleados atendiendo a los turistas que querían cambiar moneda, cada mañana y a una hora concreta, en la parada del autobús que estaba situada justo enfrente, tomaba el número 59 una chica que él no se cansaba de mirar y de la que, mientras se la iba aprendiendo de memoria, pensaba para sí: ¡quien tuviera la suerte de conseguir salir con ella!

El azar, en forma de doble casualidad hizo que durante una fiesta de las que se celebraban en la Facultad de Ciencias Económicas, en la que, por aquel entonces él estudiaba, y en el único día en que se ofreció a ayudar a los organizadores controlando los billetes a la entrada, ¡cual fue su sorpresa cuando allí apareció ella!, estaba entrando ¡aquella sí! ¡La chica de la parada del autobús! Inmediatamente se acabó su colaboración en la fiesta de la facultad, llamó a un compañero y le pasó la gestión del ese control y se marchó en su busca.

Al instante se dirigió hasta el fondo del ancho pasillo cubierto de anuncios con ofertas de habitaciones y clases particulares de análisis matemático o trigonometría, hasta llegar a la gran sala que en la Facultad comunica las clases con el bar. Allí se encontraban todos los que habían acudido a la llamada de la «fiesta de fin de curso».

Mientras en el aire sonaban las frenéticas notas del *Smoke on the Water* de Deep Purple, y después de hacer un recorrido visual por todo ese gran espacio, pudo ver a su «sueño», quien, con aire altivo, bailaba abstraída de todo el mundo cubriéndose la mitad de su cara con su cabello. Él la veía como a una diosa, que se mostraba segura de sí misma, moviéndose armoniosamente al compás de esa melodía que rítmica y cadenciosa presionaba los oídos y los estómagos de todos.

A partir de aquel día, y después de ocurrírsele, para abrir la conversación, la genial idea de preguntarle su nombre y que «cómo podía ser que una mujer tan guapa se mordiera las uñas», no dejaron de salir juntos, no volvió a dejar de verla ni un solo día más, ni de disfrutarla, ni de amarla, ni de desearla, justo hasta el día en

que, de forma incomprensible e inesperada para él, todo se rompió y aquello que parecía eterno, y él siempre había deseado que así lo fuera, se quebró.

Ahora, después de haber pasado estos años, dice que lo tiene claro, no siente nostalgia de aquellos tiempos, que eso ya es pasado, que estuvo enamorado de ella, pero que esa mujer que él conoció ya no es la misma persona, aquella de la que se enamoró y que todo aquello que sentía se esfumó, como se esfumó esa imagen que tenía de ella.

En estos momentos Héctor, después de esa dolorosa separación, mantiene una relación con otra mujer, Sharon, de la que, aun no creyendo que volviera a pasar, se ha enamorado como un crío.

La conoció por internet, a través de una página web de relaciones, tal como había conocido a otras muchas, sin querer ni creer en que de esas aventuras saliera algo positivo, de hecho, su principal objetivo cuando se apuntó era únicamente conocer gente, hablar con alguien y pasarlo lo mejor posible.

Hasta tal punto era su escepticismo en el tema que aún recuerda que en su primera cita con ella —está claro que los comienzos no son su fuerte—, no se le ocurrió otra cosa que llevarla, en un alarde de romanticismo, a ver el estreno de la película Hulk. Sobran comentarios.

Aun así, poco a poco se fueron viendo y al principio, dado que ella vivía en New Jersey, a algo más de 100 kilómetros de Manhattan, la visitaba cada fin de semana. Iba los viernes por la noche a casa de ella, charlaban, cenaban juntos, veían un rato la televisión, hacían el amor y después él cogía su coche y volvía a su casa, para el día siguiente, sábado, hacer lo mismo. Al cabo de muy poco tiempo, Sharon, entre preguntando y sugiriendo, le dijo que por qué no se quedaba a pasar el fin de semana completo con ella, y dormía en su casa, y así «dicho y hecho». Desde aquel momento cada viernes por la tarde coge su automóvil se hace su buen recorrido y la visita. Están juntos hasta el domingo por la tarde, momento en que Héctor vuelve a su casa.

Su exmujer ocupó un lugar muy importante en su vida, y ahí estará, pero su presente y su hoy es Sharon y su deseo es que también sea su futuro.

Pasan estos días hablando, jugando a cualquier cosa, ya sea al Scrabble o al dominó, o simplemente soñando. Esperando comprar ese apartamento cercano a la playa, programando las futuras vacaciones y sobre todo deseando que las cosas vayan bien y, cuando tengan la oportunidad, vivir juntos.

Héctor tiene un hijo de su matrimonio, Oliver, que acabó su licenciatura en audiovisuales y tiene un máster como director y otro como realizador cinematográfico. Su gran sueño y por el que practica cada día, es llegar a ser un gran dibujante de comics, pero mientras espera que le llegue su gran oportunidad y le ofrezcan esa película soñada o logre publicar su gran historia, está intentando sacar la cabeza y de momento se gana la vida como fotógrafo de modelos, *influencers*, y compañías de todo tipo que, sabiendo de su profesionalidad y calidad de trabajo, le llaman para que trabaje para ellos.

Le han tocado tiempos duros para ser emprendedor, pero él no se amilana y lo está intentando y consiguiendo. Es por esto, que su padre tiene muy claro que hasta que su hijo no sea plenamente autosuficiente, ni se plantea la posibilidad de dejarle solo. Quiere estar ahí, cerca, apoyarle y a disposición para cuando le necesite.

Héctor es hombre de cabello negro, ensortijado y a menudo marcado con fijador; de trajes y zapatos, en todo momento brillantes, estos siempre españoles, y, por supuesto, de coche deportivo alemán. Siempre con sus impecables camisas, o blancas o de sutiles rayas azules sobre fondo claro; a veces usa gemelos y siempre, en general con una seria expresión en su cara, pero también con una dispuesta y fácil sonrisa. Intenta ser recto, pero a la vez compasivo, riguroso pero tolerante. Una extraña mezcla de carácter.

Es amante de la música, de todo tipo de música, de toda aquella que considere buena. Igual escucha a Creedence que a Raphael, a Tom Jones o a Anna Netrebko. Devora libros y novelas y es un

apasionado del mundo del cine. Siempre que puede, ve cine español, acude a algún evento de homenaje a este cine, o ve las películas que desde España le envían. Él está convencido de que la comedia, dentro del cine español es la mejor del mundo.

De tanto en tanto repasa aquellos títulos de los 60, no se cansa de volver a ver el *Bienvenido, Mr. Marshall* de Berlanga y el añorado Pepe Isbert, o los *Tres de la Cruz Roja* de Fernando Palacios, con nada menos que Tony Leblanc, José Luis López Vázquez y Manolo Gómez Bur, entre otros, o el *Plácido* de Cassen, y *El verdugo* nuevamente con Pepe Isbert, que para él son obras maestras, ni a la inimitable *Marcelino, pan y vino*, y más cercana con *Torrente*, película que él considera también una obra maestra, pues cree que, independientemente de su lenguaje, es una agria crítica mordaz a un tipo de persona, que, por otro lado existe en cualquier esquina de cualquier ciudad; esos que te pretenden dar lecciones de moral y después ellos, esta misma moral se la pasan por el forro, que van totalmente a la suya y exentas de principios. También dice que no le gusta ese cine, tan reiterativo y maniqueo por otro lado, que repite y repite historias de la guerra civil española, en general, poco «históricas» y que redundan en los mismos tics, temas y personajes. Considera que la guerra civil hay que dejarla atrás de una vez, que hay que sacar conclusiones y enseñanzas de lo que pasó y sobre todo tenerlos muy en cuenta para que nunca más vuelva a ocurrir. Por su parte Sebastián, tercero de los cuatro hermanos, tiene 35 años y aún vive con su madre. Después de un nuevo giro en su vida, pues estuvo estudiando filosofía y lo dejó después de repetir un par de cursos, trabajó, volvió a la universidad para estudiar historia y pasó lo mismo, ahora está intentando aprobar el tercer curso en la escuela de mecánica de su ciudad, y, parece que esta vez ha acertado, pues, al igual que para la historia o la filosofía no está dotado, para todo aquel trabajo que tenga que ver con las manos tiene como un don particular. Ya desde muy pequeñito, siempre se arregló los triciclos y las bicicletas que él mismo estropeaba, volvía a casa con las manos sucias, grasientas

y con algún que otro rasguño, eso sí, siempre con el artilugio que tocara en ese momento, reparado. Ahora dice que quiere y aún tiene esperanzas de llegar a formar parte del grupo técnico de un equipo de Fórmula 1, y que le gustaría que, en él, uno de los pilotos estrella fuera español; tal vez un nuevo Fernando Alonso o el nuevo Carlos Sainz.

Todos los domingos de la temporada, sea a la hora que sea, se coloca frente al televisor y ve las carreras, ya sea de automóviles o de motos, en directo. Si se ha de levantar de madrugada, lo hace, porque cree que en diferido no es lo mismo, que sin la tensión del momento y sin el desconocimiento del resultado, aquella pierde mucho. Coloca su refresco de cola sobre la mesa y junto a ella algunas chucherías, generalmente su caja de galletas surtidas, que devora, comenzando siempre comiéndose primero las recubiertas de chocolate, y, por supuesto, alguna bolsa de patatas, de esas que los médicos nos dicen que nos están prohibidas, por aquello de que nos suben el colesterol pero que son tan gustosas y adictivas. Siempre, en una imagen bastante propia de la juventud de su época se le puede ver con su MP3 de 120 GB. que le regaló su hermano mayor, colgado del cinturón y por supuesto escuchando las canciones de sus músicos favoritos, Oasis, Ayo, Eminem, 50 Cents, Jamiroquai o Manu Chao entre otros. Ya lo tiene tan gastado y usado que sujeta el protector con una goma elástica. Suele llevar los pantalones ligeramente caídos por debajo de la cintura, viste a lo que se podría llamar estilo «cebolla» camiseta, otra camiseta, camisa y cazadora, chaqueta o cualquier otra prenda de abrigo, y día sí y otro también con sus zapatillas deportivas, y cuando puede, combinando con alguna prenda a la última moda, que generalmente se la envía su hermano mayor desde la misma quinta avenida.

Lisa tiene un pequeño diario rosa, atado con un pequeño lazo, en el que cada día, inexcusablemente, cuando se sumerge en la tranquilidad de su habitación, mientras espera caer en los brazos de Morfeo y bajo la luz de una pequeña lámpara, escribe lo que le ha pasado a lo largo del día, expresa sus anhelos, sus sueños, y más

que todo, se confiesa. Es su Manuel de Marcelino, su imaginario e inseparable amigo.

Muy de tanto en tanto, sobre todo los días que hace bueno, y en el par de horas de descanso que tiene al mediodía para comer, coge su bolso y pasea por la Diagonal, esa amplia y hermosa avenida llena de boutiques, pero en la que, por suerte, no hay demasiado bullicio. Acostumbra a hacer más o menos el mismo camino, desde la plaza de la Reina María Cristina, hasta el Paseo de Gracia y desde allí hasta la Plaza de Cataluña, parándose en todos aquellos escaparates que la hacen soñar, fantaseando que alguna vez se podrá comprar esos maravillosos vestidos y zapatos que ve en los escaparates, y tal vez esa alhaja que ha visto en aquella joyería que tiene ese enorme guardaespaldas en la puerta.

Otras veces, si ve que va bien de tiempo, entra en las tiendas de vestidos de novia y, pidiendo información para su «próxima boda», deja que le expliquen cuál es el que mejor le quedaría, «este es muy entallado en la parte superior, y si se fija, después la falda tiene una gran caída y... ¿ve cómo se va abriendo?». «Con este su figura quedaría muy estilizada», sin embargo, «este es muy clásico, aunque la verdad es que nunca se pasa de moda, es lo que llamamos de corte imperial», y «estos de aquí, bueno, mírelos usted misma, ya sabe que se puede probar todos los que quiera, hasta que encontremos aquel con el que usted se encuentre bien». «Una vez encuentre el que le guste, le tomaremos las medidas y habremos de quedar dentro de un mes, más o menos, para hacer una primera prueba, y un mes después tendremos su vestido definitivo». Ella sigue el juego y se baña en ilusiones, como si ya tuviera puesto en agenda la fecha de su casamiento.

También, por supuesto le sugieren con qué zapatos combinaría, mientras ella, aunque escuchando a la asesora que la tienda ha puesto a su disposición, continúa haciendo bailar su imaginación. Nunca deja de soñar.

Otras veces entra en alguna perfumería y prueba esas colonias y perfumes que sus pocos ingresos y su necesidad de ahorrar no le permiten comprar, aunque más de una vez lo hace, sencillamente

a ponerse alguna de ese delicado aroma que a ella le gustaría des-
prender.

Tranquila y sin ninguna prisa disfruta de ese momento. Los días que pasea no come, porque piensa que por un lado así tiene todo el tiempo para dedicarlo a mirar tiendas y por otro le sirve para hacer un pequeño régimen y seguir luciendo ese maravilloso cuerpo, y, además, «ese dinero que se ahorra».

Cuando finalmente llega a plaza de Cataluña, y dado que ya ha gastado casi hora y media de su descanso, coge el metro, la línea tres, la verde, hasta María Cristina; aunque son unas diez paradas, esto son poco más de 15 minutos, con lo que puntual, como siempre, está nuevamente en el despacho y en su mesa, presta a cumplir con su trabajo.

Lisa trabaja bien, dentro de sus posibilidades y del ritmo que le marcan las tareas que le pasa Rosa y su conocimiento, y entre una y otra, sueña siempre, y de tanto en tanto cierra los ojos y mentalmente se traslada a su pueblo, agarra la mano de su novio, al que intenta ver al menos una vez al mes, y espera a que este le diga frases cariñosas al oído, le jure amor eterno y le hable de cuanto desea que se case con él. Podrían verse más, pero prefieren hacer un sacrificio ahora para acercar ese momento y con ese dinero que se gastarían pasando el fin de semana juntos, ir metiéndolo en la cuenta de ahorros que abrieron para los gastos que tendrán que afrontar con el casamiento.

—¿Tienes ya toda la documentación del Sr. Lauren preparada, Lisa? —le pregunta Rosa.

—¿Qué? ¿Otra vez en las nubes? ¡Baja a la tierra! te pregunto si ya tienes la correspondencia del Sr. Lauren abierta, ya sabes que se la hemos de pasar inmediatamente.

—Es cierto, disculpa, sí, tómala.

Rosa pasa el despacho de Lauren nuevamente con toda la correspondencia, con su bloc de notas y con esa suficiencia y seguridad que le da el conocer casi todo de su jefe y sentirse necesaria y casi imprescindible. Son ya muchos años juntos.

A pesar de llevar más de 20 años siendo su secretaria, le sigue hablando de usted y se siguen tratando con el respeto y distanciamiento propio del cargo y puesto que uno y otra ocupan, aunque eso no evita que cuando Lauren acaba de redactar las contestaciones a su correspondencia y Rosa termina de tomar sus notas y de recoger sus bártulos y se gira disponiéndose a salir del despacho, de manera disimulada y a menudo de forma impropia la observe; aunque hasta la fecha jamás se le ha insinuado ni tan siquiera lejanamente.

Ella sabe que la mira, más que mirar, la examina, y lo sabe porque alguna vez en que se giró repentinamente, porque había olvidado tal vez su bolígrafo o algún otro objeto, le había encontrado fijando sus ojos donde no debía e intentando disimular como bien podía, si no carraspeando de forma nerviosa, y, cuando esto ha pasado, simplemente se ha vuelto nuevamente y dirigido a su mesa, con una cara de entre un «¡hombres!» y un hasta luego.

—Lisa, te dejo estas contestaciones que has de pasar por el ordenador e imprimir; cada una es respuesta al remitente de la carta que te dejo encima. No olvides que el Sr. Lauren quiere que escribamos exactamente lo que él nos ha dicho, que, aunque tú opines que algo te parece mejor o que te sonaría mejor dicho de otra manera, le es absolutamente igual; no me hagas tener que repasar cada una de las cartas, y sobre todo, no uses el copiar y pegar, que tanto te gusta, que sabes que a menudo no lo usas como debiera y cambia signos y otras historias.

—No te preocupes, Rosa, ya me lo has explicado varias veces y lo haré como tú dices.

—Por eso precisamente te lo digo, Lisa, porque te lo he explicado varias veces y siempre añades la tuya y no sabes cómo se enfada cuando él se da cuenta, y lo peor es que después la paga conmigo y me dice que eso pasa porque no te enseñó lo suficientemente bien.

Así, entre una y la otra despachan toda la correspondencia y temas de Lauren.

Rosa actúa con ese automatismo al que le ha conducido contestar al mismo tipo de cartas y casi al mismo tipo de personas y

con el mismo jefe durante tanto tiempo, y con esa determinación tomada ya hace años de, tal y como le ordena su jefe, no mover ni una sola coma, lo cual, por otro lado, le hace su trabajo notablemente más fácil y menos comprometido, si algo está mal, es culpa de su jefe.

Lisa, como siempre, con esa irreflexión que le da su inexperiencia y su juventud, aunque intenta reprimir sus impulsos, cae definitivamente en ellos y sigue haciendo sus casi imperceptibles modificaciones, porque, ¡si está mal escrito así, hay que corregirlo!, y acaba retocando alguna línea.

Mientras, en la calle, el intenso tráfico de automóviles que entran desde el extrarradio y de los que desde la gran ciudad van a esa misma zona, llena las vías entre una mezcla de hombres, automóviles, polución y publicidad. El ruido de los cláxones y las sirenas de las ambulancias, van dando su banda sonora a la ciudad. Las personas que salen del metro recogen los diarios gratuitos, y a veces alguna muestra de algún producto, que les obsequian esos jóvenes que se sacan sus eurillos antes de ir a clase, en esa jornada laboral tan especial que tienen que les obliga a estar en las bocas de las estaciones antes de las ocho, para acabar aproximadamente a las diez, justo cuando más o menos se les han acabado los ejemplares que tienen que distribuir.

Los comercios aún no están abiertos, aunque en alguno de ellos se observa personal en su interior que se dedica a limpiar, a colocar bien el género y a tomarse un café en esa máquina que tiene la empresa en la esquina que parece la de los castigos, que a veces es hasta maloliente —más que nada porque a menudo nadie se ocupa de renovar el agua con la suficiente frecuencia—, ese café que a muchos les prepara también el cuerpo para ese día de trabajo que está comenzando.

Otros chicos, algunos con sus rastas en el cabello, y sus camisetas de tal o cual ONG, intentan conseguir, de aquel que acepta escucharles, unos minutos para convencerte de la bondad de la entidad que representan y pedirle que se asocien, le explican los

proyectos que tienen y que para ayudarles a llevarlos a cabo aporten unos euros al mes que servirán para salvar a tantas o cuántas vidas, para apadrinar a aquel crío de ese lejano país subdesarrollado en el que no tienen ni agua potable, o para hacer que el aire sea más puro. Son insistentes y la fuerza de su juventud se nota en el vigor y el entusiasmo con el que abordan a la gente.

Estamos en una gran ciudad, y eso se nota principalmente en las prisas con la que todo el mundo va caminando por la calle; por momentos, parece que todos estemos inmersos en una especie de competición atlética en la que cada uno quiere llegar a su trabajo el primero. También forman parte del retrato los que tratan de hacer ejercicio bajo esa contaminación, que no hay forma de eliminar, ni con los horarios restringidos para circular, que les dificulta la respiración; los que casi arrollan a la gente con sus bicicletas, sus skates o sus patinetes, que se enfadan si cruzas o caminas por su carril, los de más de algunos años que usan las instalaciones que, para que no se les oxiden las articulaciones, ha colocado el ayuntamiento en un lateral de la ancha avenida, y, cuando en algún momento te parece ver a alguien que camina pausadamente, que se detiene a mirar los edificios y que gira sobre sí mismo con aire despistado, llegamos rápidamente a la conclusión que estamos ante un turista.

—¿Por favor, me puede decir dónde está el Camp Nou?

—Mire, siga esta calle todo recto y cuando vea un gran hotel, gire a la izquierda.

Es la pregunta de cada día y de la mayoría de los viajeros que llegan hasta estas calles.

Los autobuses arrojan humanidad, la mujer que corre porque se le están cerrando las puertas y grita al conductor, que ya no la oye, porque ve que no llega y las urgencias por todas partes, parecen envolver a la gente. Como dice la canción: *The show must go on*, el show debe de continuar.

Son las diez de la mañana y Rosa, mira discretamente su reloj, coloca cuidadosamente todo su trabajo, el hecho y el pendiente, y las notas tomadas a su jefe sobre la mesa, se quita esas gafas de

diseño que le dan ese aire tan señorial y elegante y, como un ritual, toma su bolso del que extrae su polvera y mirándose en el pequeño espejo vuelve a retocar su cara, cuatro toques, los suficientes y, en ese tono muy suyo, entre categórico y a la vez lleno de delicadeza.

—¡Lisa, salgo a almorzar, ya sabes, estaré fuera una media hora, llevo el móvil conectado, por lo que, si aparece cualquier urgencia o tienes necesidad de mí para algo, no dudes en llamarme! ¡Como sabes, el Sr. Lauren también saldrá, por lo que simplemente te tienes que limitar a coger el teléfono y tomar buena nota de todo aquel que llame, de su teléfono si quiere que le devolvamos la llamada y de sus mensajes, si es que quieren dejarlo! ¡Muahhh!

Así con ese aire seguro, muy suyo, su caminar firme y sin volver la vista atrás, Rosa se dirige a ese Starbucks de maderas nobles, grandes cristaleras y wifi gratuito, que se encuentra a un par de manzanas de sus oficinas. Va allí, porque, además de que opina que le sirven un café con leche excelente y disponen de una repostería muy fina, no está situado excesivamente cerca de su lugar de trabajo, por lo que no hay demasiadas posibilidades de que coincida ahí con algún compañero, cosa que, por otro lado, la incómoda bastante, ya que cree que el del desayuno es un momento privado, para tomarse un respiro durante la mañana y para estar tranquila, para disfrutar de esa pequeña soledad escogida.

Hoy, es un día especial pues ha quedado con una amiga, bueno, no tanto amiga, es algo más que una compañera de trabajo, entre compañera y amiga, dice. Esta tiene ganas de verla porque necesita un pequeño asesoramiento y preguntarle detalles que le son necesarios para el convite de bodas de su hija, que se casará próximamente. Mientras la espera, no deja de pensar que es curioso el caso de esta «amiga», porque siempre se le ha manifestado plenamente atea, «a veces agnóstica con sonido gutural», lo tiene muy claro, como toda su familia, y sin embargo ha movido los papeles y ha gestionado que su hija se case en la iglesia de Santa María Reina de Pedralbes, y lo mejor es que, ante la perplejidad de Rosa, cuanto esta, sorprendida, le preguntó que como es que siendo no creyen-

tes declarados y después sus continuos reproches y comentarios contrarios a la fe, se casa su hija por la Iglesia, su respuesta fue, aún más sorprendente —o quizás no—, «es que es mi hija —y por supuesto ella—, quiere tener una ceremonia como Dios manda, con sus flores, con sus invitados, con su bonito vestido, en un bonito templo». La verdad es que el ser humano nunca deja de sorprendernos. A Rosa, aunque a veces estos temas la descolocan no le importan demasiado, porque cree que, a los auténticos amigos, aunque esta está a medio camino, se les ha de aceptar tal y como son, y de ninguna manera intentar cambiarlos ¡qué importa que a veces no se les entienda o no se esté de acuerdo con sus ideas!, como en este caso.

Como siempre, se sienta en aquella mesa que está nada más entrar en el local, a la izquierda y muy pegada a la ventana, desde donde ve el bullicio de la calle y en la que, mientras llega su «cita», va saboreando poco a poco ese café con leche bien caliente, y desde la que, como si estuviera sentada en la platea de un teatro de barrio, va imaginando las vidas, las situaciones, las felicidades o infelicidades de las personas que van pasando frente a ella, en ese escenario que forma el otro lado del cristal.

—Lisa, pásame la documentación de Empresas Girard. Pide, antes de salir, desde el interfono Lauren.

—Déjalo encima de mi mesa. Le dice cuando esta le pasa el expediente.

Sin más, abre el expediente, y mientras aquella se dispone a marchar, comienza a analizar detenidamente toda la documentación que le ha entregado.

De pronto, levanta la cabeza, y con una sonrisa amable se dirige nuevamente a ella.

—Por cierto, ¿Cómo te va todo, Lisa? ¿Tu novio sigue bien? ¿y tu hermano, te comenta como se encuentra en su puesto?

—Todo nos va bien Sr. Lauren, muchas gracias, y sobre todo gracias por lo bien que se ha portado siempre usted con nosotros, y se está portando. La verdad es que nunca le estaremos lo sufi-

cientemente agradecidos. Mi hermano, como usted ya sabe, dice que se encuentra muy a gusto en el almacén, que el trabajo que realiza no es muy complicado, que le gusta, y además usted sabe que, él, aunque tiene una corta preparación, desde que comenzó en esta empresa, que ya hace años, está intentando formarse y cumplir de la mejor manera posible. ¡Si hay algo que le sobra son ganas de hacerlo bien!

—También le doy las gracias por la paciencia que tiene conmigo, porque usted sabe que aún me falta preparación para el puesto que me ha asignado, pero con las instrucciones que le ha dado usted a la Srta. Rosa para que me enseñe (quien la verdad me ayuda mucho), poco a poco voy aprendiendo y me estoy poniendo al día.

—Lo sé, Lisa, lo sé, y no me lo agradezcas tanto, lo hago de muy buena gana. No dejáis de ser los hijos de unos amigos muy íntimos y cercanos de mi familia, a quienes les tengo mucho cariño. Y no dudéis, si en cualquier momento necesitáis alguna cosa, contad conmigo, ya sabéis que me tenéis totalmente a vuestra disposición. Y, por cierto, te repito nuevamente que no me hables de usted, ¡trátame de tú, por favor!, ya sabes que sois como hijos para mí.

—Gracias Sr. Lauren, pero es que no estoy acostumbrada a este tipo de trato, y más a una persona de su nivel, usted sobre todo es mi jefe y me merece un especial respeto.

—Bueno, bueno, sigue con tu trabajo. Gracias.

Lisa da media vuelta y cuando se dispone a salir del despacho, en un mal encuentro con la casualidad, o quizás por encargo del demonio, no puede evitar que se le caigan de las manos el bloc de nota que llevaba y el bolígrafo, de modo que se agacha a recogerlo de tal manera que Lauren no se puede resistir a mirarla y darse cuenta de que la chica que llegó del pueblo, hace apenas seis meses, y a la que él acogió casi como de la familia, se ha convertido en una hermosa y deseable mujer, y aunque lo intenta, pues es la hija de sus amigos, no puede evitar que por su mente bailen y se apelotonen los herederos de satanás, en forma de los peores pensamientos.